

DIÁLOGOS ENTRE MERLEAU-PONTY Y EL PSICOANÁLISIS DE FREUD EN CARLOS CERIOTTO

Jerónimo Ariño Leyden¹

 ORCID ID <http://orcid.org/0000-0001-8078-4228>

Buscamos reconstruir el diálogo entre la fenomenología de Merleau-Ponty y el psicoanálisis de Freud entablado en la producción teórica del filósofo mendocino Carlos Ludovico Ceriotto en la década de 1960. Para llevar a cabo esta tarea en primer lugar haremos un recorrido por los avatares de la psicología en Mendoza antes de la creación de la carrera en la provincia en 1963. Luego nos centraremos en la figura de Ceriotto para dar cuenta de algunas cuestiones en su itinerario dentro de la filosofía. Finalmente nos dedicaremos al análisis de los distintos momentos que Ceriotto distingue en la lectura que Merleau-Ponty realiza de Freud. Para esto nos valdremos de *Fenomenología y psicoanálisis*, texto publicado por Ceriotto en 1969 donde el autor se dedica a analizar de qué modo fue leído Freud por algunos de los principales exponentes de la fenomenología francesa.

¹ Doctorando en Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. INCIHUSA, CONICET.

La psicología en Mendoza: entre filósofos, médicos y la creación de la carrera

El proceso de institucionalización de la Psicología en Argentina, cuyo hito insoslayable fue la creación de la primera carrera de psicólogo en la Universidad del Litoral en 1955 (Gallegos, 2005), tuvo su correlato en la provincia de Mendoza. Este proceso se dio de modo escalonado y por momentos siguiendo las etapas que a menudo señalan los historiadores de la disciplina en el país (Dagfal, 2009; Klappenbach, 2006; Gallegos, 2005; Rovaletti, 1998). Las modificaciones en el campo de los saberes “psi” condujeron paulatinamente al delineamiento de un perfil de psicólogo profesional cuyo corolario será la institución de la psicología como una carrera profesional autónoma, desligada de las disciplinas a las que se vinculó en sus orígenes, la filosofía y la medicina.

Si nos centramos en la trayectoria académica que la Psicología tuvo en Mendoza, podemos advertir que la fundación en 1939 de la Universidad Nacional de Cuyo significó un fuerte impulso al desarrollo de la disciplina. En la recientemente creada carrera de filosofía, a partir de 1940, se incluyeron las cátedras de Psicología General y Psicología Especial, generándose de este modo un espacio institucional dedicado a su enseñanza. Estas cátedras pasarían a llamarse en 1942 Psicología I y Psicología II. En los años cuarenta esos espacios estuvieron ocupados por Luis Felipe García de Onrubia y por Horacio Rimoldi respectivamente. El primero de ellos había egresado de la carrera de filosofía en la Universidad de Buenos Aires,

siendo discípulo de Coriolano Alberini. Su paso por la universidad mendocina lo tuvo al frente de las cátedras *Introducción a la Filosofía*, *Psicología general* e *Historia de la Filosofía Moderna* (Pró, 1987). En sus clases de Psicología imperaba un enfoque que retomaba los desarrollos teóricos de los psicólogos pertenecientes a la Escuela de Berlín o *Gestalttheorie* como Kurt Koffka, Wolfgang Köhler, Max Wertheimer y Kurt Lewin. Si bien en sus cursos se hacía mención a otras corrientes dentro de la Psicología, como el psicoanálisis o el conductismo (Pró, 1987), la Psicología de la Forma gozaba de un lugar de privilegio. Los problemas relativos a la naturaleza de la percepción y a la posibilidad de describir sus leyes y estructuras, eran tamizados por la lectura que el propio García de Onrubia hace de la “tradición” fenomenológica abierta por Husserl². En esta dirección, reconoce a la *Gestalttheorie*, en especial al trabajo de Lewin, el haber introducido en la Psicología la teoría del campo, que posibilita abordar los fenómenos psíquicos y la conducta humana no como hechos aislados sino ubicándolos en un campo relacional más amplio. En la ponencia presentada en el Congreso de Filosofía de 1949, del que además fue Prosecretario, titulada “La crisis de la

2 Este interés en realizar una aproximación a la psicología a partir de los insumos teóricos proporcionados por la fenomenología de Husserl, se manifiesta claramente luego del retorno de Onrubia a Buenos Aires en 1947, donde dicta clases en la universidad homónima (Pro, D. 1987). En *Psicología intencional*, de 1953, el autor realiza una exposición de los aportes realizados por Brentano, Husserl y Sartre en pos de otorgar una base sólida a la disciplina. Sobre la trayectoria de García de Onrubia se puede ver el trabajo de Hugo Klappenbach “Luis Felipe García de Onrubia: de la crítica al análisis factorial, a la consideración de Sartre y Freud”.

psicología y la teoría de la forma”, pondera esas contribuciones señalando que el abordaje propuesto por la *Gestalt* “hace que la Psicología enfoque como su tema no al sujeto aislado sino al sujeto en situación” (García de Onrubia, 1950). Solo de esta manera, según entiende Onrubia, será posible superar la crisis en la que se hallaba sumergida la Psicología en ese entonces, crisis que tenía sus raíces en la multiplicidad de escuelas y en la dispersión que afectaba a la disciplina en su conjunto, debido “a los resultados de la libre experimentación”.

El enfoque que García de Onrubia imprimió a su magisterio en Mendoza hace pie en una sólida base filosófica, desde la cual dirige su mirada a los devenires de las investigaciones contemporáneas en el campo de la Psicología. Desde allí intenta señalar, de un modo similar a un buen número de fenomenólogos en ambos lados del Atlántico, los inconvenientes que presentaban algunas de las líneas dentro de las que se movía la psicología en ese entonces. Algo similar intenta Maurice Merleau-Ponty en esos mismos años en *La estructura del comportamiento*, de 1942, donde lleva a cabo un meticuloso análisis de la manera en que tanto el conductismo de Watson como la reflexología de Pavlov buscan dar una explicación satisfactoria de los comportamientos reflejos. La aproximación a la psicología efectuada en ese libro, será similar, salvando las distancias³,

3 Si bien existe una clara diferencia de abordaje entre *La estructura del comportamiento* y la producción posterior a *Fenomenología de la percepción*, de 1945, en ambos casos puede hallarse un interés manifiesto por parte de Merleau-Ponty en realizar un análisis en clave epistemológica de los desarrollos de la psicología. En los cursos de psicología dados en la Sor-

a la que el filósofo francés lleva a cabo durante el período que estuvo a cargo de la cátedra de Psicología en la Sorbona entre 1949 y 1951. En su docencia en la prestigiosa casa de estudios, Merleau-Ponty retoma los últimos avances de la disciplina para realizar un análisis crítico de los mismos, partiendo del andamiaje conceptual que le proporciona la fenomenología. Una lectura similar de los desarrollos contemporáneos de la Psicología, motivada por intereses epistemológicos, se encuentra detrás del magisterio de García de Onrubia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCUYO.

La cátedra de Psicología II, ocupada por Horacio Rimoldi entre 1941 y 1946, también tuvo una impronta que marcó por aquellos años el clima de los discursos “psi” en Mendoza. Antes de recalar en la provincia cuyana, Rimoldi estudia medicina en la Universidad de Buenos Aires y siendo estudiante avanzado de la carrera, se dirige a Oxford con la intención de finalizar allí su doctorado. En su estancia en el Reino Unido, se desempeña como ayudante en el “Institute of experimental Psychology”, donde se interioriza en la metodología de la Psicología experimental. Sus investigaciones en ese período giran en buena parte en torno al fenómeno de la fatiga (Calabresi, 2010). En 1941, por recomendación de su maestro Bernardo Houssay, quien fuera su profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina, decide retornar a la Argentina para hacerse cargo de la cátedra de

bona, “La fenomenología y las ciencias del hombre”, y “Les relations avec autrui chez l’enfant”, también es posible apreciar el interés epistemológico que motiva al filósofo francés en su aproximación a la psicología contemporánea.

Psicología II en la incipiente Universidad Nacional de Cuyo.

A poco de su llegada, se crea el “Instituto de Psicología Experimental”, con sede en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad mendocina. Rimoldi es designado como su director. Esta institución, que tuvo una relación simbiótica con la cátedra de Psicología II, significó un hito en el devenir de la disciplina no solo en la provincia sino también en el país. El enfoque traído por Rimoldi, ajustado a los desarrollos de la Psicología anglosajona, se puede advertir en las investigaciones realizadas y en los trabajos publicados durante su directorio (Calabresi, 2008). Entre los trabajos más destacados se incluyen la primera estandarización del test de Raven efectuada en Argentina y una serie estudios sobre el rendimiento de niños y niñas en edad escolar.

El magisterio de Rimoldi tuvo sus frutos también en la formación de una camada de investigadoras en la disciplina que continuarían posteriormente la línea iniciada por él. Una de sus más destacadas estudiantes fue Nuria Cortada, quien es considerada la primera psicóloga en cursar estudios formales en la disciplina, antes de su institucionalización en el país. Cortada fue colaboradora en el Instituto dirigido por Rimoldi entre 1942 y 1945, año en que egresa de la carrera de Filosofía. En ese período participa en las publicaciones realizadas por el Instituto. Luego se dirige a Estados Unidos donde realiza una maestría en Psicología en la Ohio State University.

En el año 1946 Rimoldi recibe una beca del Departamento de Estado de los Estados Unidos para continuar sus estudios en el país del norte, razón por la cual abandona

la dirección del Instituto como así también la titularidad de Psicología II. Luego del alejamiento de Rimoldi, el psiquiatra Amadeo Cicchiti se hará cargo de la cátedra y será director interino del Instituto hasta que en 1948 asuman su dirección tres ex colaboradoras de Rimoldi, Ema Velasco, Lydia Bürer y Raquel de San Martín. A partir de 1950, el Instituto pasará a ubicarse bajo la órbita de la recientemente creada Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo, cuyo primer decano fue Amadeo Cicchiti (Calabresi, 2008).

Durante la década de 1950, el panorama de la Psicología en Mendoza seguirá dividido entre la Filosofía y la medicina, en medio de los debates y discusiones que se cristalizarán a nivel nacional en la creación de la carrera de Psicología. En el Primer Congreso Nacional de Psicología celebrado en Tucumán en 1955, se puede advertir de modo claro las tensiones existentes entre aquellos que intentaban mantener a la Psicología bajo la órbita de la Filosofía y los que pedían por la creación de una carrera autónoma que incluyera las distintas aplicaciones de la Psicología en el campo de la orientación vocacional, la salud mental y la psicometría (Dagfal, 2009). En ese Congreso, que se desarrolló en el marco de un proceso de modernización de los saberes que con distintos matices atravesó a las ciencias sociales en su conjunto (Terán, 2016), participaron figuras destacadas de la Filosofía como Luis Juan Guerrero, Eugenio Puciarelli y el propio García de Onrubia, entre otros tantos.

El próximo paso en la institucionalización de la Psicología en Mendoza fue la creación de la carrera de Psicología

en 1963 a partir de una iniciativa de la Dirección General de Escuelas (DGE) de la provincia. El organismo encargado de la educación en Mendoza, crea en agosto de ese año la Facultad de Antropología Escolar, con la finalidad de capacitar y dotar a los docentes mendocinos con nuevos recursos pedagógicos que les permitan adaptarse a los nuevos tiempos que corren, teniendo como marco más amplio las políticas desarrollistas aplicadas en ese momento. Entre las carreras incluidas en esa dependencia de la DGE, junto a Pedagogía y Educación Diferencial, fue incluida Psicología. La carrera estaba eminentemente orientada a ser aplicada al ámbito escolar, con lo cual el perfil de psicólogo difería bastante del que adquiriría con el correr de los años. Una serie de reformas en los planes de estudio de la carrera, poco a poco fueron delineando el perfil de psicólogo profesional tal como lo conocemos en la actualidad. En 1977 durante la dictadura cívico-militar, la carrera dejó de estar bajo la órbita provincial para ser incorporada a la Universidad del Aconcagua (Calabresi, 2011).

Este breve recorrido por el desarrollo de la Psicología en Mendoza nos permite advertir la presencia marginal que tuvo la teoría psicoanalítica en la provincia en los primeros años del desarrollo institucional de la Psicología en Mendoza. Esta situación, que con sus matices es común al proceso de ingreso del psicoanálisis en Argentina (Dagfal, 2009), comienza a ser revertida en la provincia a mediados de los años cincuenta, en 1956, con la llegada de Jorge García Badaracco, quien funda la cátedra de Psiquiatría en la Facultad de Ciencias Médicas (Cottino, 2010). Badaracco permaneció apenas un año en Mendoza, y

antes de su partida propició el arribo del psiquiatra Ricardo Etchegoyen, integrante de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), quien se hizo cargo de las cátedras de Psicología Médica y Psiquiatría en la Facultad de Medicina de la UNCUYO entre 1957 y 1963. Desde allí Etchegoyen, egresado de la Universidad Nacional de La Plata y alumno de Enrique Pichón Rivière y José Bleger, se valió de la vertiente psicoanalítica de Melanie Klein para utilizarla en su magisterio en la universidad mendocina y en su práctica psiquiátrica. Recordemos que la línea kleiniana será la más importante hasta el ingreso de la producción de Lacan en los años setenta. Cuando Etchegoyen abandona la provincia cordillerana, en medio de una polémica por el concurso de la cátedra Psicología médica, se produce un vacío en relación con el psicoanálisis que de nuevo será parcialmente ocupado por la filosofía. El lugar dejado por Etchegoyen será ocupado por Julio Herrera, psiquiatra egresado de la Universidad Nacional de Córdoba, quien a fines de los cincuenta se había asentado en Mendoza. Herrera, quien con el correr de los años se transformará en un referente de la psiquiatría en Mendoza, era adepto de la variante de lengua alemana de la psiquiatría que establecía un fuerte diálogo con la fenomenología. Este diálogo se puede apreciar especialmente en la obra del psiquiatra suizo Ludwig Binswanger, quien era un referente para Herrera. Desde ese lugar de vacancia del psicoanálisis se producirá la intervención de Ceriotto en el campo “psi”.

Lo contemporáneo a la sombra de la modernidad

Carlos Ludovico Ceriotto nació en la provincia de Mendoza en el año 1928. Su formación académica fue realizada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCUYO, de donde egresó como profesor de filosofía en 1955. Como docente realizó una carrera que recorrió distintos escalafones en esa casa de estudios. En 1956 ocupó el cargo de Jefe de trabajos prácticos en Introducción a la Filosofía, asignatura donde sería Profesor Titular a partir de 1960 (Jalif, 2018). En 1969 obtuvo la titularidad de Historia de la Filosofía Contemporánea, donde se desempeñó hasta su abrupta muerte a causa de una afección cardíaca en 1973. El recuerdo de sus estudiantes y los escritos que dejó dan testimonio de una incansable vocación docente que se plasmaba enfáticamente en sus clases y seminarios. Aquí no intentaremos realizar un abordaje al conjunto de la obra de Ceriotto ni señalaremos etapas en su producción filosófica⁴, sino que buscamos ceñirnos al diálogo que entabla entre la fenomenología de Merleau-Ponty y el psicoanálisis de Freud. Con este fin nos referiremos primeramente a algunas cuestiones que marcan su pensamiento y que nos allanarán el camino para llegar a nuestro objetivo.

En su producción teórica hallamos un claro interés y un profundo conocimiento de los principales temas y exponentes de la filosofía moderna que le sirve de plataforma

⁴ El trabajo de Clara Jalif de Bertranou "Carlos Ludovico Ceriotto y su trayectoria filosófica" (2018) realiza un recorrido por el conjunto de la obra del filósofo mendocino reparando en distintos momentos de su pensamiento.



Carlos Ludovico Ceriotto

para lanzarse al encuentro de las líneas contemporáneas de la disciplina, en especial de la fenomenología y sus epígonos. Esta inquietud, que se manifiesta de modo temprano en un artículo publicado en la revista *Philosophia*, también se hace visible en sus últimos escritos, como es el caso de la ponencia presentada en el II Congreso Nacional de Filosofía realizado en Córdoba en 1971. Si en el primer artículo en cuestión se destaca la importancia de tener un conocimiento cabal de la modernidad filosófica, ya que “el hecho de que la Modernidad sea nuestro pasado *próximo* exige el esfuerzo de advertir con máximo rigor cuáles son los puntos en que nuestro mundo difiere de éste que lo ha precedido” (Ceriotto, 1955, p. 53), no debe sorprendernos que más de quince años después sostenga que “la edad Moderna no está aún a nuestras espaldas. Sigue en nosotros aunque contra ella nos volvamos. Y su permanencia no es la propia de todo pasado, sino la de un germen todavía viviente” (Ceriotto, 1971, p. 14). Es decir, la modernidad sigue presente en lo contemporáneo, ya que sus consecuencias no han sido aún superadas. Cabría entonces preguntarse en qué sentido realiza Ceriotto esa afirmación.

En el primer artículo en cuestión parece darnos una respuesta. En “La travesía científica de la filosofía”, el autor nos invita a un recorrido por la obra de algunos pensadores del *canon* de la filosofía moderna donde pone el acento en la vinculación existente entre esa disciplina y la ciencia. Es decir, busca mostrarnos cómo los filósofos de la modernidad, en pos de otorgarle a la filosofía un “camino” que les asegure un paso firme, encontraron en las ciencias el modelo metodológico que les sirvió de guía. Este modelo

primero fueron las matemáticas para luego ser la física. Si bien Ceriotto sostiene que la filosofía es distinta según el modelo científico que retome (no es lo mismo la filosofía de Descartes inspirada en las matemáticas que la de Locke en la física), ambas formas comparten un punto que es destacado por el autor. El punto en común se relaciona con la importancia otorgada al procedimiento analítico en la filosofía de la modernidad, desde Descartes hasta Kant, pasando por Locke y Leibniz. Esta cuestión es interpretada por Ceriotto como un “signo de la influencia ejercida por la ciencia sobre la filosofía y, en general, sobre el modo común de pensar, de enfrentar los problemas” (Ceriotto, 1955, p. 61).

En esa dirección, el abordaje que Ceriotto nos propone de lo contemporáneo se presenta en primera instancia como una crítica al lugar preponderante que ostenta la ciencia a partir de la Modernidad no solo en la filosofía sino también en cualquier aspecto de la vida cotidiana, ya que “el periplo de esta época [la contemporánea] del pensar consiste en haberse asimilado cada vez más a la ciencia hasta llegar a perder todo objeto propio” (Ceriotto, 1955, p. 62). Es decir, frente a la centralidad de la ciencia y de la técnica en nuestra vida y en la filosofía, herencia de la modernidad, el autor plantea la necesidad de repensar el estatuto del saber filosófico tomando en cuenta los problemas a los que se enfrenta el siglo XX “en los que parecen ser sus rasgos más propios: la técnica y los movimientos políticos” (Ceriotto, 1979, p. 177).

Frente a esto cabe preguntarse qué entiende Ceriotto por filosofía. La respuesta a esta pregunta la encontramos

en sus lecciones de Introducción a la Filosofía, donde realiza una serie de precisiones sobre la cuestión que nos permite entrever su posición al respecto. En primer lugar, define a la filosofía como la “forma más alta del pensamiento” y a la experiencia filosófica como una “marcha progresiva de nuestro espíritu hacia la totalidad” (Ceriotto, 1979, p. 174). Es decir, ubica a la filosofía como la actividad humana más “elevada” de la cultura. Sin embargo, eso no la transforma en una “cosa reservada a unos pocos privilegiados”, sino que es posible ingresar a la filosofía “ejerciéndola, haciendo de ella una experiencia”. El lenguaje empleado por Ceriotto remite inevitablemente a Hegel, autor que le sirve de guía en su curso introductorio. Esto es algo que no nos debe sorprender si tomamos en consideración la numerosa cantidad de re-lecturas a las que fue sometida la producción hegeliana. Ya desde su temprano abordaje por parte de Marx, como a partir de la línea instaurada por Alexander Kojève en Francia, y continuada por Jean Hyppolite, hasta las re-lecturas de los miembros de la “Escuela de Frankfurt”, Hegel se transformó en un interlocutor insoslayable al momento de abordar la dinámica y conflictividad de lo social en el siglo XX. Este campo de batalla, el de las re-lecturas de Hegel, también tuvo su episodio en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCUYO en los años sesenta y principios de los setenta, donde profesores de esa casa de estudios como Arturo Roig, Oward Ferrari, y Enrique Dussel, además del propio Ceriotto, realizaron su propio trabajo sobre la producción hegeliana, retomando o criticando distintos aspectos de su obra que fueron utilizados por ellos mismos para construir

su propio pensamiento filosófico. En pos de dimensionar la importancia de Hegel en las ideas del siglo XX, en su curso introductorio Ceriotto retoma una cita de Merleau-Ponty que es más que elocuente al respecto:

Hegel está en el origen de todo lo que se ha hecho de grande en filosofía desde hace un siglo; por ejemplo, del marxismo, de Nietzsche, de la fenomenología, del existencialismo alemán, del psicoanálisis; él inaugura la tentativa de explorar lo irracional y de integrarlo en una razón más amplia (Ceriotto, 1979, p. 202).

En esta cita el autor francés busca destacar la importancia del camino abierto por Hegel y la posibilidad que a partir de él se nos abre para ensanchar los límites de la subjetividad humana y para pensar la historia de manera dialéctica. La importancia otorgada a Hegel se advierte en la utilización que Ceriotto hace del andamiaje conceptual proporcionado por el filósofo de Stuttgart para ensayar un abordaje de conjunto de la historia de la filosofía en la cual las distintas posiciones son incluidas en una totalidad dialéctica. De esta manera, Ceriotto sostiene que gracias a Hegel es posible “la comprensión de la historia humana como un movimiento animado por un verdadero progreso” (Ceriotto, 1979, p. 177).

Frente a esta afirmación se nos plantean una serie de preguntas que por razones de espacio no pueden ser respondidas aquí pero que de todos modos queremos enunciar: ¿Desde qué punto de vista es posible pensar la historia de manera progresiva y unitaria? ¿Qué sucede con aquellos

planteos filosóficos que no se ajustan al modelo de saber propuesto por la historia de la filosofía hegeliana? ¿Es acaso la filosofía el producto más elevado de la cultura humana?

Fenomenología y psicoanálisis: ¿un diálogo imposible?

En la producción de Ceriotto hay una línea de la filosofía contemporánea que ocupa un lugar de privilegio, la fenomenología. Su interés por esta “escuela” se presenta de manera temprana cuando hacia fines de los años cuarenta incursiona en la lectura de *Meditaciones cartesianas* y en textos de Sartre (Jalif, 2018). A partir de allí la presencia de la fenomenología será una constante en el pensamiento de Ceriotto, que se manifiesta en una atenta lectura de Husserl como así también en su aproximación a la producción de los continuadores del camino iniciado por el filósofo moravo. Es así como encontramos copiosas referencias a Martin Heidegger, Maurice Merleau-Ponty, José Ortega y Gasset, y en especial a Paul Ricoeur, con quien Ceriotto realizó una serie de cursos durante un viaje de estudios realizado a París en el invierno europeo de 1962-1963 (Jalif, 2018). Su estancia en la Universidad de Friburgo en 1969, casa de estudios donde otrora enseñara Husserl y donde Heidegger fuera rector luego del ascenso del Nacional Socialismo en 1933, también se presenta como un hito en su recorrido por esta “tradición” dentro de la filosofía.

Su lectura de la fenomenología se produce a la luz de la parte “inédita” de la producción husserliana, aquella donde se trazan caminos que van más allá de la conciencia trascendental para sumergirse en temas tales como el

Lebenswelt, la corporalidad y la historia sedimentada de la subjetividad. Esta lectura de Husserl, compartida especialmente por Merleau-Ponty⁵, se plasmó en el aporte realizado por Ceriotto al libro de Joaquín Xirau sobre el iniciador de la fenomenología. En la nueva edición de *La filosofía de Husserl*⁶, realizada en 1966 veinte años después de la muerte de Xirau, Ceriotto fue el encargado de elaborar un apéndice al libro donde se incluye un recorrido por las derivas del pensamiento de Husserl luego de la aparición de textos como *Krisis*, *Ideen II*, *Experiencia y juicio*, y *La tierra no se mueve*, entre otros. En este apéndice, donde son retomados dos temas abordados por el “último Husserl”, podemos advertir que Ceriotto estaba al corriente de los estudios en la materia desarrollados hasta ese momento.

Partiendo de su lectura de la fenomenología, Ceriotto se lanza al encuentro de una línea teórica dentro de la psicología que en principio se muestra opuesta a ella, como

5 Merleau-Ponty fue el primer investigador extranjero que pudo acceder a los Archivos Husserl en la Universidad de Lovaina en 1939, meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. En su estancia en Lovaina pudo consultar textos que por ese entonces permanecían inéditos, como *Ideen II* y *Krisis*, entre otros. Su lectura de estas obras se puede apreciar en *Fenomenología de la percepción*, donde retoma una distinción fundamental en el pensamiento “tardío” de Husserl, entre *leib* y *körper*, es decir, entre cuerpo vivido y cuerpo objetivo.

6 Cabe recordar que la primera edición del libro de Xirau sobre Husserl fue publicado por la editorial Losada en 1941. En aquel entonces el conocimiento de la producción del “último” Husserl era casi nulo fuera del círculo de sus allegados. En relación con esto, los Archivos Husserl en Lovaina fueron establecidos en 1939 y sus obras completas, conocidas como Husserliana, comenzaron a ser publicadas en los años cincuenta. Estos acontecimientos cambiaron el panorama de los estudios sobre Husserl.

lo es el psicoanálisis. Solo a partir de las vías abiertas en la producción tardía de Husserl es posible intentar un encuentro entre “dos pensamientos originalmente distanciados, y se podría pensar, hasta divergentes” (Ceriotto, 1969, p. 11). Este camino es también el que intentaron realizar Merleau-Ponty, De Waelhens, e incluso Ricoeur, al momento de ensayar aproximaciones a la obra de Freud. Nosotros aquí nos centraremos especialmente en el diálogo que Ceriotto reconstruye entre Merleau-Ponty y Freud, sin privarnos por ello de hacer referencias más amplias cuando sea necesario.

En el primer apartado de este trabajo realizamos un breve recorrido por los avatares de la psicología en Mendoza en los años previos al delineamiento del perfil del psicólogo tal como lo conocemos en la actualidad. Este recorrido nos permitió señalar dos cuestiones. La primera referida al diálogo que se efectuó entre filosofía y psicología, en particular entre fenomenología y psicología de la *Gestalt*, tal como se dio en la producción de García de Onrubia. Este diálogo ya se venía dando desde los inicios de la fenomenología, cuando en sus tempranas *Investigaciones lógicas* Husserl dedica buena parte de su obra a discutir con los desarrollos de la psicología experimental y con el psicologismo que se desprendía de ella. A partir de allí se abrió el camino para un fecundo diálogo entre ambas disciplinas, que encuentra distintas variantes según el autor que tomemos. La segunda cuestión se relaciona con el lugar marginal que ocupó el psicoanálisis en Mendoza en los años previos a la década de 1970, década en que se produce el ingreso de la teoría lacaniana en la provincia

cordillerana. Hasta ese entonces, dada la orientación al ámbito escolar que tenía en sus inicios en Mendoza la carrera de psicología, el psicoanálisis tuvo acogida en la Facultad de Ciencias Médicas de la UNCUYO, en particular en el magisterio de Ricardo Etchegoyen al frente de las cátedras de Psicología Médica y Psiquiatría, sin embargo ese espacio quedó trunco con su alejamiento.

Julio Herrera, quien ocupó la cátedra dejada por Etchegoyen, no presentaba un interés especial en la teoría psicoanalítica, ya que su mirada de la psiquiatría estaba más vinculada a los desarrollos de Ludwig Binswanger. Este interés lo llevó a entablar un fluido diálogo con la filosofía, que se efectuó en el Ateneo de la cátedra de Psiquiatría, donde participaban con frecuencia profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, entre los cuales encontramos a Nolberto Espinosa y a Carlos Ceriotto. En este ámbito interdisciplinario se desarrolló el acercamiento de Ceriotto al psicoanálisis, cuyo resultado fue la publicación de su obra *Fenomenología y Psicoanálisis* en 1969.

El texto es fruto de las clases que Ceriotto impartió en el Ateneo en el segundo semestre de 1967, tal como nos aclara Manuel Gonzalo Casas en las palabras preliminares. El curso en cuestión, organizado a pedido de estudiantes de psiquiatría que buscaban aproximarse a la obra de Freud, presenta “lo que algunos fenomenólogos habían pensado sobre Freud y el psicoanálisis con la intención de señalar algunos puntos de contacto entre ambas perspectivas –la filosófica y la psiquiátrica” (Ceriotto, 1969, p. 11). Por lo tanto, de lo que se trata es de indagar en la manera en que fue leído el psicoanálisis de Freud por parte de una

línea dentro de la filosofía contemporánea, la fenomenología. Sin embargo, el filósofo mendocino nos advierte que esa instancia reviste un carácter introductorio ya que está dirigido a un público no especializado en filosofía. A pesar de esa advertencia, el curso tiene como finalidad aportar a un tema común tanto a la filosofía como a la psiquiatría, como lo es “el conocimiento del hombre”.

En la introducción al texto Ceriotto realiza una serie de aclaraciones que sientan las pautas del diálogo que intentará establecer entre fenomenología y psicoanálisis. Estas aclaraciones se refieren principalmente al tipo de lectura que realizará de la producción freudiana. En primer lugar buscará sortear un obstáculo al que se enfrentaron los fenomenólogos al momento de emprender la lectura de Freud, que a priori se presenta “con toda su complejidad y concreta riqueza, como una promesa y un desafío” (Ceriotto, 1969, p. 217). Este inconveniente está relacionado con el clima positivista que primaba en la época en la que el neurólogo austríaco desarrolló su obra y que se deja translucir en su propia producción, ya que “su inspiración sería no solo científica sino también científicista y su proyecto habría sido dar a la psiquiatría, por medio del psicoanálisis, el rango merecido de una ciencia positiva” (Ceriotto, 1969, p. 12) Ceriotto señala que ya en sus comienzos la fenomenología observó con desconfianza al psicoanálisis a causa del clima positivista en el que emerge. En relación con esta cuestión, desde el inicio de su producción filosófica Husserl fue un ferviente crítico del positivismo y de las ciencias que eran guiadas por este ideal, en especial de la psicología. La razón de esta crítica estriba

en que las ciencias positivas permanecen en lo que Husserl llama “actitud natural”, es decir, toman a sus respectivos objetos como dados, como “puestos”, sin preocuparse por dar cuenta del modo como estos objetos aparecen a la conciencia. En el caso de la psicología, esta cuestión va más allá, ya que esta disciplina toma a la propia conciencia como un objeto más del mundo cuando en realidad para Husserl la conciencia es la condición de posibilidad de aparición de todo objeto. Por lo tanto, al “cosificar” la conciencia y tomarla como un objeto más entre otros tantos, se pierde de vista uno de sus rasgos principales, su carácter trascendental. Frente a las lecturas que hacían de Freud “un autor indudablemente positivista”, Ceriotto propone “la posibilidad de una *lectura* o interpretación no estrictamente positivista de la obra del psiquiatra de Viena” (Ceriotto, 1969, p. 12-13), que ponga el énfasis en el dominio de pensamiento abierto en el siglo XX luego de la irrupción del psicoanálisis. En otras palabras, propone dejar de lado el afán que prima en la obra de Freud, encaminado a otorgar un sustento científico sólido a la psicología, para dirigir la mirada al descentramiento del sujeto que se opera en su producción a partir de la introducción del ámbito de lo inconsciente en la psiquis humana.

La segunda aclaración que realiza Ceriotto se relaciona con el desarrollo histórico de la fenomenología. Tradicionalmente esta corriente de pensamiento fue tomada en sus inicios, y no sin razones válidas, como una filosofía trascendental que venía a actualizar y a *aggiornar* al vetusto sujeto racional de la modernidad. Esto en parte es cierto si dirigimos la mirada exclusivamente a textos de Husserl

como *Ideas I*, donde sin dificultad podemos advertir que de lo que allí se trata es de describir la conciencia, al punto de equiparar a la fenomenología con una filosofía trascendental. Esta visión de la fenomenología, cimentada fuertemente por el *dictum* heideggeriano que identifica a la obra de Husserl con una filosofía de la conciencia, va a resquebrajarse progresivamente con el correr de los años a partir de la aparición de las investigaciones que Husserl lleva a cabo principalmente a partir de los años veinte. En los temas desarrollados por el “último Husserl”⁸ asistimos a una ampliación de los problemas tratados que dan lugar a la posibilidad de postular un descentramiento del sujeto en la medida que se opera una salida del ámbito de la conciencia para ir más allá y preguntarse por cuestiones que escapan a su dominio, como los son los interrogantes que apuntan al mundo de la vida, a la génesis histórica de las ciencias empíricas, a elucidar el origen de los hábitos perceptivos de la conciencia y a los diferentes modos de intencionalidad que ella presenta. Es decir, se realiza una “ampliación” de la subjetividad que la extiende allende los dominios de la conciencia para preguntarse por las operaciones que subyacen a su emergencia. Estas indagaciones,

7 Husserl, Edmund. (1962) *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*. México: FCE.

8 Esta cuestión ha sido materia de debate, ya que en *Ideas II*, gestado en 1916, Husserl plantea una dimensión corporal de la subjetividad que escapa a la conciencia y que se encuentra funcionando como una “intencionalidad operante”. En esta línea se puede consultar el trabajo de Javier San Martín (2003) “El último Husserl”, en *Escritos de Filosofía* (Academia Nacional de Ciencias. Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli) 43: 41-74.

que se plasmaron en la llamada fenomenología “genética”, vienen a complementar la fenomenología “estática” que encontramos desarrollada principalmente en *Ideas I*, donde las indagaciones claramente están centradas en el ámbito de la conciencia. De este modo Ceriotto sostiene que si tomamos en cuenta de los desarrollos de la fenomenología genética, es posible hallar puntos de encuentro con el psicoanálisis.

Si se ha podido pensar que el tema fundamental del inconsciente era totalmente extraño a la meditación fenomenológica, ha sido por un doble equívoco: creer, por un lado, que esta filosofía se movía con exclusividad en el ámbito de la conciencia entendida tradicionalmente como total transparencia a sí misma y, además, que el fenomenólogo sabía, por supuesto, lo que esa conciencia es. No es este el caso. Como lo ha expresado Ricoeur, para el fenomenólogo responsable “la cuestión de la conciencia es tan oscura como la del inconsciente” y esta oscuridad obliga a que la fenomenología tematice el inconsciente como uno de los aspectos de su problemática (Ceriotto, 1969, p. 14).

La última aclaración que Ceriotto realiza antes de meterse de lleno en el tema a tratar se refiere al tipo de lectura que busca llevar a cabo en la obra de Freud. Nuestro autor busca desplegar una “lectura fenomenológica” de la producción freudiana que vaya más allá de lo literal para alcanzar el sentido latente que subyace en los textos. En esta línea, su intención es acercarse a sus escritos como a “una lectura problemática e intentando exhibir lo que

en él hay de implícito” (Ceriotto, 1969, p. 17). Con esto apunta a desentrañar aquello no dicho en el texto pero que se encuentra funcionando u operando detrás del andamiaje de ideas allí expuesto. “Una *lectura fenomenológica* de la obra de Freud tiene, pues, un aspecto francamente interpretativo, en tanto se entiende por interpretación el patentizar el doble o múltiple sentido que puede habitar los términos en que un autor se expresa” (Ceriotto, 1969, p. 16). Ya que “destacar, pues, la dimensión metafórica de un texto en el que se cumple un pensamiento inusitado no significa hacerle violencia o distorsionarlo, sino posibilitar su justa inteligencia” (Ceriotto, 1969, p. 20).

En esta manera de encarar el trabajo del lector, Ceriotto retoma aquello que Merleau-Ponty caracteriza como la lectura de un autor “clásico”. En el prefacio de *Signos*, y a propósito de su propia lectura de Marx, el filósofo francés plantea un modo posible de aproximarse a los autores considerados como “clásicos”, es decir, a aquellos autores que “siguen hablando más allá de los enunciados” y que con el paso del tiempo se transforman en “obligados intermediarios” al momento de abordar determinados temas. Para Merleau-Ponty, a los autores clásicos “se les reconoce en que nadie los toma al pie de la letra, y en que sin embargo los nuevos hechos no caen nunca fuera de su competencia de un modo absoluto, en que extraen de ellos ecos nuevos, en que revelan en ellos relieves nuevos” (Merleau-Ponty, 1964, p. 17-18). Freud es decididamente un autor clásico, tal como lo reconoce Merleau-Ponty en el prefacio que realizó a un libro sobre el padre del psicoanálisis publicado en Francia, por esta razón hay que tomar a las palabras y a

los conceptos del neurólogo austríaco “según el sentido que adquieren dentro de la experiencia que anuncian y de la cual tenemos ante nosotros más que una simple sospecha” (Merleau-Ponty, 1972, p. 11).

De una “pintura de las anomalías” humanas a la posibilidad de una arqueología del sujeto

Luego de establecer los términos en los que propone entablar el diálogo entre fenomenología y psicoanálisis, Ceriotto se aboca de lleno a analizar cómo se juega la lectura de Freud en Sartre, Merleau-Ponty, De Waelhens y Ricoeur. En el caso del autor de *Fenomenología de la percepción*, que es lo que aquí nos compete, el filósofo mendocino recorre distintos momentos de la producción merleau-pontyana para señalar los matices que presenta su acercamiento a Freud. Estos matices permiten advertir un interés en el psicoanálisis que se sostiene hasta el final de su obra y que varía con el desarrollo de su pensamiento. En esta dirección, Ceriotto sostiene que es posible apreciar en Merleau-Ponty un trabajo de profundización en el psicoanálisis que comienza con una lectura recelosa, como lo es la desplegada en la iniciática *La estructura del comportamiento*, hasta llegar a la consideración de Freud como un autor clásico que nos brinda un aporte decisivo para la comprensión de la subjetividad humana y para alcanzar “nuestra arqueología”.

En su recorrido por el devenir del psicoanálisis en la obra de Merleau-Ponty, Ceriotto comienza por señalar el lugar que ocupa la producción de Freud en la primer gran

obra del filósofo francés, *La estructura del comportamiento*, finalizada en 1938 y publicada por primera vez 1942. Esta obra es producto del trabajo de investigación realizado por Merleau-Ponty en los años treinta y fue presentada como tesis complementaria para la obtención de su doctorado. Allí encontramos las primeras aproximaciones a un tema capital en su pensamiento, como lo es el problema de la percepción. Nuestro autor busca aproximarse a una serie de fenómenos tales como los comportamientos reflejos, el aprendizaje de un hábito, o la adaptación de un organismo a su medio, para señalar en qué medida las explicaciones que de ellos nos brindan las escuelas psicológicas predominantes en ese entonces –el *behaviorismo* de Watson, la reflexología de Pavlov y la *Gestalttheorie*– se ajustan o no a los supuestos teóricos en los que ellas mismas se sustentan. Es decir, partiendo del análisis de los desarrollos de estas escuelas en relación con los temas mencionados, Merleau-Ponty busca señalar las limitaciones que ellas presentan al abordar la problemática relación entre la naturaleza y la conciencia. En ese camino, el filósofo francés realiza una descripción de los distintos tipos de estructura que encontramos en la naturaleza, desde el nivel físico hasta llegar al “orden humano”, que le permite señalar la existencia de una “integración” entre las diferentes estructuras. Sobre este modo de entender el comportamiento Ceriotto nos dice que “ni lo físico, ni lo vital, ni lo psíquico pueden considerarse cosas o sustancias, sino, precisamente, órdenes, niveles. No se puede, por tanto, hablar de “relaciones causales” entre ellos” (Ceriotto, 1969, p. 73), ya que se encuentran integrados de modo efectivo en la experiencia.

Como acertadamente resalta Ceriotto, Merleau-Ponty entiende aquí al comportamiento humano como la “integración” entre los distintos órdenes o estructuras, que no guardan entre sí relaciones de causalidad. La idea de “integración” entre las distintas estructuras u órdenes, la retoma Merleau-Ponty de la obra *La estructura del organismo*, del psiquiatra alemán Kurt Goldstein, cuyas investigaciones tienen un lugar preponderante en el abordaje merleau-pontyano de la percepción, especialmente en *La estructura del comportamiento*, aunque también en menor medida en *Fenomenología de la percepción*. De esta manera la idea de integración será clave para entender la lectura de Freud desplegada en su obra iniciática. En relación con esto nos dice Ceriotto:

La estructuración progresiva del comportamiento, la “maduración”, es fundamentalmente un proceso de integración. Todas las experiencias infantiles revisten, justamente, las características de intensidad, duración prolongada y labilidad [...] En el niño, que viene al mundo en estado de inmadurez, la integración es defectuosa. La estructuración del adulto normal, dirá Merleau-Ponty, “es aquella que reorganiza la conducta en profundidad, de manera tal que las actitudes infantiles no tengan ya lugar ni sentido en la actitud nueva” (Ceriotto, 1969, p. 75).

Siguiendo lo propuesto por Merleau-Ponty, en el adulto “normal”, aquel que presenta un comportamiento “integrado”, no es posible hallar la persistencia de las conductas infantiles, que solo se encontrarían en aquellos

adultos que presentan un complejo o trauma, es decir, en aquellos en que el comportamiento infantil no ha podido ser integrado en la personalidad madura y aún persiste. Por este motivo, Ceriotto destaca que en esta etapa inicial de su pensamiento, para el filósofo francés el psicoanálisis puede ser de utilidad para abordar cuestiones patológicas, pero no para describir el comportamiento de un individuo normal. “El funcionamiento psíquico, como Freud lo ha descrito, los conflictos de fuerzas y los mecanismos energéticos que ha imaginado, no representarían –y por otra parte solo aproximativamente– sino un comportamiento fragmentario, es decir, patológico” (citado por Ceriotto, 1969, p. 77). En esta línea y de acuerdo con el razonamiento de Merleau-Ponty, el filósofo mendocino sostiene: “Lo que el psicoanálisis encuentra –en un recuerdo de la infancia que da la clave de un sueño o en un suceso traumático que explica una actitud– no son, hablando estrictamente, las *causas* del comportamiento manifiesto, sino los signos, digamos, de una falta de integración presente” (Ceriotto, 1969, p. 76-77).

Como advierte Ceriotto, en las primeras expresiones del pensamiento de Merleau-Ponty, el psicoanálisis no es utilizado para abordar el comportamiento de un individuo normal, sino para analizar la “disfuncionalidad” de un comportamiento “no integrado”. De este modo, el filósofo mendocino señala que para Merleau-Ponty la obra de Freud “no es una pintura de la existencia humana sino una pintura de sus anomalías, por frecuentes que sean” (citado por Ceriotto, 1969, p. 77). En relación con esto, Ceriotto se pregunta qué debe entenderse por “normalidad adulta”, ya que ese *status* no es aclarado por el filósofo francés, lo cual

da pie para plantear una gran cantidad de interrogantes, máxime teniendo en cuenta el lugar que ocupa el análisis de distintos tipos de patologías en la producción merleau-pontyana, en especial en *Fenomenología de la Percepción*, donde a partir del estudio de un buen número de enfermedades, entre las cuales el caso Schneider es uno de los más célebres, el autor va delineado aquello que entiende por percepción.

Luego de revisar el lugar del psicoanálisis en *La estructura del comportamiento*, Ceriotto da un paso más para analizar de qué modo se efectúa el diálogo en la que a menudo es considerada la obra más importante de Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*. En este trabajo, el filósofo francés se aboca a estudiar el problema de la percepción tal como es “vívida” en la experiencia cotidiana. Esto sienta una diferencia con el trabajo precedente, ya que el punto de partida allí son los discursos científicos elaborados por la psicología, es decir, el análisis en esa obra se inicia en un ámbito derivado y segundo con respecto a la que para el filósofo francés es la verdadera fuente de todo tipo de conocimiento, nuestra experiencia vivida del mundo. En esta dirección, Ceriotto sostiene que “rescatar ese nivel originario es la tarea que se propone *Fenomenología de la Percepción*” (Ceriotto, 1969, p. 80). En este contexto Merleau-Ponty desarrolla la noción de “cuerpo vivido”, que es utilizada para denominar al polo subjetivo de la experiencia perceptiva. Este enfoque se diferencia de aquellos abordajes del cuerpo que intentan explicarlo como una serie de procesos en tercera persona cuyo resultado es la postulación de un cuerpo objetivo tal como nos lo

presentan la fisiología o la medicina. Sin desconocer los estudios y avances de esas disciplinas, el filósofo francés sostiene que el cuerpo propio no solo es un conjunto de fórmulas y enunciados, sino que es el verdadero sujeto de la percepción, ya que la experiencia perceptiva es comprendida por Merleau-Ponty no como una relación de conocimiento entre un sujeto y un objeto, sino como una relación “práctica” entre un cuerpo y el mundo. Percibir es captar un sentido inmanente en lo sensible, que surge aun antes de la mediación del lenguaje o del pensamiento. En esta dirección, el filósofo francés sostiene que el cuerpo es el actor principal de la experiencia perceptiva que tenemos del mundo, ya que es el centro en torno al cual se organizan todos los objetos del “mundo de la vida”. En la percepción los fenómenos no se presentan como objetos de conocimiento ni como conjuntos de predicados o atributos, sino como posibilidades de movimiento y acción para una corporalidad que durante el transcurso de su experiencia perceptiva va adquiriendo nuevos hábitos motrices que enriquecen los límites de la misma. Por lo tanto, antes que podamos establecer una relación de conocimiento o de cualquier tipo con el mundo, hay un comportamiento corporal que nos orienta hacia él y que se encuentra operando silenciosamente.

Ceriotto muestra cómo Merleau-Ponty, profundizando en su análisis, sostiene que el cuerpo propio presenta distintos tipos de intencionalidad que lo dirigen al mundo. “Por mi cuerpo, antes de todo conocimiento explícito, un sentido surge en el mundo, se instala en él y mi intencionalidad, aun anónima, le otorga una unidad ante-predicativa,

pre-objetiva, vivida y viviente” (Ceriotto, 1969, p. 81). Así como la “intencionalidad motriz” o “practognosia” se encuentra a la base del “esquema corporal”, noción utilizada por el autor para denominar al cuerpo propio, también es posible identificar en *Fenomenología de la percepción* otro tipo de intencionalidad que temple nuestra relación con el mundo, la sexualidad. En esta línea Ceriotto sostiene que “nuestro cuerpo es sexuado. La sexualidad, entonces, no puede concebirse como un ‘accidente’ sino que se traducirá en una suerte de tono afectivo, en una intencionalidad peculiar” (Ceriotto, 1969, p. 81) que otorga una significación particular a los estímulos exteriores. Así Ceriotto destaca que de acuerdo al autor francés la sexualidad o libido, es uno de los hilos intencionales que nos atan al mundo y que configuran el modo como este se aparece a nuestro cuerpo.

Para referirse a esta cuestión Ceriotto retoma el quinto capítulo de la primera parte de *Fenomenología de la percepción*, donde Merleau-Ponty una vez más recurre al célebre caso Schneider⁹, en este caso para mostrar cómo un paciente de esas características pierde la capacidad de relacionarse sexualmente ya que a causa de las heridas recibidas “ha perdido el poder de proyectar delante de sí un mundo sexual, de ponerse en situación erótica, ha dejado de dirigir a la circunstancia esa pregunta muda y

9 El Caso Schneider es el caso clínico de un soldado herido por el disparo de un mortero durante la primera guerra mundial, que posteriormente fue sometido a una serie de pruebas que son registradas por Kurt Goldstein en distintos lugares de su obra. Este paciente presentaba heridas en la zona frontal del cerebro y a pesar de su recuperación las secuelas de su herida le impedían relacionarse de modo “normal” con su entorno.

permanente que es la sexualidad normal” (citado por Ceriotto, 1969, p. 81). En esta línea, el filósofo francés sostiene que la sexualidad o libido “es el poder general que tiene el cuerpo psicofísico de adherirse a diferentes medios, de fijarse por diferentes experiencias, de adquirir estructuras de conducta” (citado por Ceriotto, 1969, p. 83-84), lo cual nos permite advertir con claridad cuál es su posición sobre el psicoanálisis en esta obra.

Ceriotto advierte que en este punto es posible distinguir una modificación en la valoración del psicoanálisis efectuada por Merleau-Ponty en *Fenomenología de la percepción* con respecto al texto que la precede. Si bien la lectura de la obra de Freud allí efectuada sigue sin ajustarse al pie de la letra, ya que el neurólogo austríaco no se refiere a la libido en términos de intencionalidad, es innegable que en esta etapa del pensamiento merleau-pontyano el psicoanálisis es recibido con ojos más benévolos que antes, ya que en este momento se le reconoce su aporte para encontrar en la libido o sexualidad un modo de intencionalidad que permite ensanchar la comprensión que la fenomenología tiene del cuerpo propio. Al respecto el filósofo mendocino nos dice que “si nuestra humanidad es sexuada, si la sexualidad es una intencionalidad que funciona en toda su referencia al mundo, hay, por eso, una “clave” sexual de nuestra vida que es, en rigor, lo que el psicoanálisis ha puesto de relieve y lo que constituye su auténtico mérito” (Ceriotto, 1969, p. 84). Sin embargo, como advierte Ceriotto, Merleau-Ponty considera que si bien la sexualidad es un modo de intencionalidad privilegiada, ya que “ninguna otra de las dimensiones de la intencionalidad

corporal, está constitutivamente dirigida, abierta, a una dialéctica con el otro que es un aspecto esencial de mi existencia propiamente humana [...] no implica esto una reducción de la existencia a la sexualidad” (Ceriotto, 1969, p. 86). Es decir, como lo expresa Ceriotto en la cita anterior, no es posible para Merleau-Ponty encontrar en la sexualidad la explicación privilegiada de la existencia humana, sino un modo más de intencionalidad que componen el “arco intencional” de la corporalidad.

El próximo paso que da Ceriotto en su recorrido por la presencia del psicoanálisis en la producción merleau-pontyana, toma una serie de textos elaborados a partir de los años cincuenta donde es posible identificar un trabajo de re-lectura que enriquece su comprensión de la obra de Freud, dándole nuevos matices. En estos textos¹⁰, donde el filósofo francés se refiere a la importancia del psicoanálisis para la cultura del siglo veinte y para el desarrollo de las ciencias humanas, se advierte sino una modificación al menos un replanteamiento de algunas de sus posiciones iniciales sobre el tema. En esta dirección, Ceriotto señala que en este momento “el encuentro entre fenomenología y psicoanálisis ha alcanzado mayor extensión y [...] se hace necesario repensar las relaciones que vinculan a ambas disciplinas. Esto exigirá, además, que Merleau-Ponty emita un juicio acerca de su propia contribución al problema” (Ceriotto, 1969, p. 92). De este modo, el enriquecimiento

10 Merleau-Ponty, Maurice (1964) “El hombre y la adversidad”, en *Signos*. Barcelona: Seix Barral; (2000) “L’Oeuvre et l’esprit de Freud. Préface a l’ouvrage de A. Hesnard” en *Parcours* // París: Verdier.

de la lectura merleau-pontyana de Freud se desarrolla al tiempo que su lectura de la fenomenología alcanza nuevas dimensiones, que en algunos casos se presenta de la mano de un intento de despegarse parcialmente del lenguaje fenomenológico utilizado en sus primeras obras¹¹ y que abre a la posibilidad de pensar otros temas desde perspectivas diferentes, como bien apunta Claude Lefort, quien destaca que sus “escritos, especialmente los últimos, manifestaban una profunda ruptura no solo con la tradición clásica, sino con la dialéctica hegeliana y marxista y la fenomenología” (Lefort, 2012, p. 11).

Ceriotto señala que en esta etapa Merleau-Ponty desarrolla una noción que será central en su pensamiento y que será abordada en distintos lugares, ya que en ella se re-elaboran y se replantean una buena parte de sus posiciones anteriores, incluida la cuestión del cuerpo propio. “Como expresión de la estructura humana, la noción de *carne* (*chair*), como sinónimo de “cuerpo animado” ha ido ganando cada vez mayor relieve en la obra de Merleau-Ponty, quien encuentra en ella –en su restauración y ahondamiento– uno de los signos distintivos del conocimiento del hombre en nuestro siglo” (Ceriotto, 1969, p. 86-87). A continuación, el filósofo mendocino retoma la

11 Uno de los exégetas más prominentes de Merleau-Ponty, Renaud Barbaras, sostiene que es posible diferenciar dos etapas en su producción filosófica. La primera etapa, caracterizada como “fenomenológica”, incluye *La estructura del comportamiento* y *Fenomenología de la percepción*, y la segunda etapa “ontológica”, donde encontramos sus trabajos de la década de 1950 hasta su muerte en 1961. Barbaras, Renaud (1991) *De l'être du phénomène*. Grenoble: Millon.

conferencia de 1951 titulada “El hombre y la adversidad”, donde Merleau-Ponty esboza una mirada de conjunto al desarrollo de las “ciencias humanas” en la primera mitad del siglo veinte y se pregunta por la importancia del psicoanálisis en este proceso. Allí se puede advertir una valoración positiva de esta línea ya que “a medida que el psicoanálisis, en sí mismo y en sus sucesores, rectifica sus nociones iniciales con la experiencia clínica, se ve aparecer una nueva noción del cuerpo que era reclamada por las nociones de que se partió” (Merleau-Ponty, citado por Ceriotto, 1969, p. 87). Es decir, como destaca Ceriotto, el camino iniciado por Freud con su “descubrimiento” del inconsciente contribuyó a elaborar una nueva imagen del ser humano que supera los prejuicios dualistas entre cuerpo y alma que atravesaron a las antropologías elaboradas en la historia de la cultura occidental, desde la Grecia clásica hasta la modernidad europea, pasando por el cristianismo medieval, donde el cuerpo fue constantemente postulado como la contrapartida abyecta de la parte “superior” del ser humano, enunciada en términos como alma, razón o entendimiento, según el momento histórico que se tome. Todos estos planteos tienen en común el postular a la parte anímica como aprisionada o encadenada a un cuerpo que también cobra distintos matices según donde se mire, pero que no deja de ser más que el soporte físico de su contraparte más elevada. En palabras de Merleau-Ponty, “el siglo XX ha restaurado y profundizado la noción de la carne, es decir del cuerpo animado” (Merleau-Ponty, 1964, p. 286), ya que los descubrimientos hechos por las ciencias humanas permitieron otorgar al cuerpo el lugar que le fue negado

en la cultura occidental. En este proceso el psicoanálisis jugó un papel relevante.

La última cuestión que destaca Ceriotto en la lectura merleau-pontyana de Freud, se refiere a una distinción propuesta por el filósofo francés en un texto elaborado hacia el final de su vida. En el texto en cuestión, donde además realiza un balance de su propia lectura del psicoanálisis, Merleau-Ponty propone separar el psicoanálisis en tanto terapéutica utilizada en la práctica clínica, que posee su coherencia y su propio funcionamiento, del psicoanálisis tomado en un sentido más amplio, como ideología. “El psicoanálisis no es solo una terapéutica. Es una manera de entender al hombre y su cultura, una ideología que rebasa ampliamente los recintos estrictamente clínicos” (Ceriotto, 1969, p. 94). En esta línea, Merleau-Ponty sostiene que la fenomenología puede servir de guía al psicoanálisis en tanto ideología, para que pueda expresar de manera clara los conceptos que subyacen a la práctica clínica y de los cuales no se dé cuenta de modo satisfactorio ya que “el texto de Freud viene cargado de una polisemia que puede despistar al lector apresurado” (Ceriotto, 1969, p. 94) y que contribuyó a formar una primer imagen de un Freud mecanicista y vinculado al positivismo.

La lectura del psicoanálisis propuesta aquí por el filósofo francés, que busca retomarlo en tanto ideología, permite advertir puntos de contacto con la fenomenología del “último Husserl”, donde hay un claro intento en ir más allá de los límites de la conciencia ya que como nos advierte Ceriotto, “la fenomenología desvela, en su límite, un *contenido latente* y es, en esto, donde se da la convergencia

con el psicoanálisis” (Ceriotto, 1969, p. 97). Es decir, en su encuentro con el psicoanálisis la fenomenología se enfrenta a “una confirmación de sus propios problemas, de sus mismos aspectos oscuros” (Ceriotto, 1969, p. 97). Para llegar a esa afirmación, hubo que superar la comprensión temprana de la fenomenología como una filosofía de la conciencia que solo se preocupaba por realizar una descripción del modo como se le aparecen los objetos. Solo en la medida en que la fenomenología “desciende a su propio subsuelo”, es cuando llega a estar “en convergencia con la investigación freudiana”. En esta línea, Merleau-Ponty sostiene que “Fenomenología y psicoanálisis no son paralelos; es mucho más: ambos se dirigen a la misma *latencia*” (citado por Ceriotto, 1969, p. 97).

Gracias a una comprensión madura de la fenomenología, es posible advertir el potencial que presenta el psicoanálisis para el conocimiento del ser humano, ya que nos proporciona “una intuición que es la más preciosa del freudismo: la de nuestra propia *arqueología*” (citado por Ceriotto, 1969, p. 97). Es decir, contribuye a ampliar la imagen que tenemos de nosotros mismos y nos da claves para entender el funcionamiento de nuestra vida psíquica más allá de los límites de la conciencia. Este modo de entender al psicoanálisis, presenta para Ceriotto características similares al diálogo ensayado por Ricoeur, quien va más allá que Merleau-Ponty al señalar que el descubrimiento de Freud enfrenta a la fenomenología a “la comprobación de un fracaso” (Ceriotto, 1969, p. 212).

A modo de conclusión

Para finalizar queremos realizar una serie de consideraciones. En primer lugar, destacar el sitio que ocupa Carlos Ceriotto en el desarrollo del psicoanálisis en Mendoza. Su trabajo y sus cursos en el Ateneo de Psiquiatría en los años sesenta sirvieron para mitigar un vacío en relación con la obra de Freud que recién en la década siguiente sería llenado con el ingreso del psicoanálisis en la carrera de Psicología en Mendoza. La presencia marginal de psicoanálisis en el ámbito de los “saberes psi” se puede advertir no solo en esa provincia sino que es común en los primeros años de la creación de la carrera en Argentina. De allí la importancia del trabajo de Ceriotto, quien desde la filosofía pudo apreciar la potencia de esta línea para el conocimiento del ser humano y la necesidad de su estudio para ensanchar los límites de una de las corrientes en filosofía que recorrió con más erudición, la fenomenología. En relación con esto último, cabe destacar que el trabajo de Ceriotto se encontraba en sintonía con los últimos desarrollos de esa línea de investigación, como lo atestiguan los temas abordados y la bibliografía citada en sus trabajos y en sus clases.

Aquí nos centramos en la lectura que Merleau-Ponty hace de Freud, pero como señalamos más arriba, el trabajo de Ceriotto también recorre las aproximaciones de Sartre, De Waelhens y Ricoeur al psicoanálisis. En el caso de Sartre, el filósofo mendocino retoma su producción anterior a los años cincuenta, es decir, aquella parte de su obra donde desarrolla su filosofía de la existencia.

La fuerte presencia de la conciencia en ese tramo de la producción sartreana, lo lleva sino a rechazar, al menos a expresar sus reparos frente a los planteos de Freud y a postular lo que llama “psicoanálisis existencial”, que claramente difiere de la propuesta freudiana. Esto lleva a Ceriotto a afirmar que de los casos estudiados, Sartre es el filósofo que más alejado se encuentra del psicoanálisis de Freud, ya que intentó leerlo al pie de la letra. Diferente es la situación de De Waelhens y de Ricoeur, quienes elaboran su producción a partir de los años cincuenta y al igual que Merleau-Ponty dedican numerosas páginas al comentario de Freud. La actitud de estos filósofos, con sus propios matices, se aproxima al tipo de lectura esbozado por el autor de *Fenomenología de la percepción*, ya que partiendo de la fenomenología intentan leer a Freud más allá de lo literal, para ir tras el sentido latente de su obra. El punto al que arriban será diferente en cada uno, llegándose en el caso de Ricoeur a plantear la imposibilidad de mantenerse en el plano fenomenológico para pasar al plano hermenéutico. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, Ceriotto no duda en afirmar que tanto Merleau-Ponty como Ricoeur presentan un abordaje similar de la cuestión, ya que “convergen al señalar que el psicoanálisis apunta a una latencia que es nuestra arqueología” (Ceriotto, 1969, p. 227).

Retomar la reconstrucción que Ceriotto realiza del diálogo efectuado entre fenomenología y psicoanálisis nos sirvió para advertir la posibilidad de poner en tensión dos lenguajes que en primera instancia se presentan como disímiles, pero que luego de un arduo trabajo presentan

convergencias que permiten enriquecer la comprensión de ambas líneas. Ese es el sentido que buscamos rescatar en el trabajo de Ceriotto.

Bibliografía

- Calabresi, Corina (2008). El Instituto de Psicología Experimental en la Universidad Nacional de Cuyo. *Actas de la XV Jornadas de Investigación y IV Encuentro de investigadores en Psicología del Mercosur*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-032/79>
- Calabresi, Corina (2011). La primera carrera de psicología en Mendoza. *Psien- cia. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 3 (2), 74-81. Buenos Aires: Asociación para el avance de la ciencia psicológica.
- Ceriotto, Carlos Ludovico (1955). La travesía científica de la filosofía. *Philosophia*, 20-21, 53-63. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía.
- Ceriotto, Carlos Ludovico (1964). Lenguaje y reflexión según Merleau-Ponty. *Philosophia*, 29, 50-58. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía.
- Ceriotto, Carlos Ludovico (1969). *Fenomenología y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Troquel.
- Ceriotto, Carlos Ludovico (1971). La pregunta por Dios en el pensar de Heidegger (notas para una hipótesis de trabajo). AAVV. *Temas de Filosofía Contemporánea* (pp. 13-25). Buenos Aires: Sudamericana.
- Ceriotto, Carlos Ludovico (1979). Clases iniciales de Introducción a la Filosofía. *Cuyo. Anuario de Historia del pensamiento argentino*, 12, 173-214. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía.
- Cottino, Gastón (2010). El secreto de la historia: inicios del psicoanálisis en

- Mendoza. Recuperado de: <http://historiapsidemendoza.blogspot.com/p/trabajos.html>
- Dagfal, Alejandro (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires: Paidós.
- Gallegos, Miguel (2005). Cincuenta años de historia de la psicología como institución universitaria en Argentina. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 37, 641-652. Bogotá: Fundación Universitaria Konrad Lorenz.
- García de Onrubia, Luis Felipe (1950). La crisis de la psicología y la teoría de la forma. *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*. Tomo II (1367-1374). Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras.
- García de Onrubia, Luis Felipe (1953). *Psicología intencional*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Jalif de Bertranou, Clara Alicia (2017). Luminosa presencia filosófica en Mendoza: Carlos Ludovico Ceriotto. *Diario Los Andes* (Mendoza, 25 de octubre). Disponible en: <https://www.losandes.com.ar/article/view/?slug=luminosa-presencia-filosofica-en-mendoza-carlos-ludovico-ceriotto>
- Jalif de Bertranou, Clara Alicia (2018). Carlos Ludovico Ceriotto y su trayectoria filosófica. *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 35, 89-121. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía Argentina y Americana.
- Klappenbach, Hugo (2006). Periodización de la psicología en Argentina. *Revista de Historia de la Psicología*, 27 (1), 109-164. Valencia: Sociedad Española de Historia de la Psicología.
- Klappenbach, Hugo (2008). Luis Felipe García de Onrubia: De la crítica al análisis factorial, a la consideración de Freud y Sartre. *Temas de Historia de la Psiquiatría Argentina*, 25, 24-29. Buenos Aires: Polemos.
- Lefort, Claude (2012). *Merleau-Ponty y lo político*. Buenos Aires: Prometeo.
- Merleau-Ponty, Maurice (1964). *Signos*. Barcelona: Seix Barral.

- Pro, Diego (1987). Homenaje al Dr. Luis Felipe García de Onrubia. *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 4, 216–218. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía Argentina y Americana.
- Roig, Arturo (2005). *Mendoza en sus letras y sus ideas. Primera parte*. Mendoza: Ediciones Culturales de Mendoza.
- Rovaletti, Lucrecia (1998). Panorama psicológico argentino: antecedentes, constitución, institucionalización y profesionalización de la Psicología. *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 15, 79–108. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía Argentina y Americana.
- Terán, Oscar (2016). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Xirau, Joaquín (1966). *La filosofía de Husserl*. Buenos Aires: Troquel.